

la patria. Parece imposible, pudiera en esferas tan bajas como las esferas políticas; tratándose de cosas fugaces y de glorias perecederas como todo lo que atañe á nuestra vida humana, pudiera, decía, repetirse á una el retruécano de los antiguos místicos, los cuales decían: «muero porque no muero». Aquella educación clásica tan criticada, el poema de los héroes antiguos tan repetido; las sombras de los mártires del progreso á cada momento traídas por evocaciones misteriosas á los ojos, infundían en los vivos la idea de que no muere quien muere defendiendo la libertad, pues queda vivo en el eterno recuerdo de sus sucesores y en los altares perpetuos de la Historia. Y como sentían la vocación de salvar el mundo, llegaban al seno del mundo con todas las aptitudes varias de los héroes, de los mártires, de los redentores, cual aquellas profetas antiguos comenzando sus profecías en el vientre mismo de sus madres. ¡Cuán nobles figuras las de aquellos capitanes de las legiones del progreso! Los Reyes orientales del Evangelio, iban en busca de la redención y del Redentor, religiosos guiados por una estrella; los pueblos occidentales de la revolución, iban en busca de la redención y del redentor social guiados por nuestros más santos y nuestros más progresivos ideales. Toda la disciplina perdida en la sociedad se recobraba en el ejército; y toda la desunión de los partidos civiles trocábase en los campos militares; y todo el desorden á la sazón imperante, volvíase orden perfecto en las filas; y toda la iniquidad de fuera tomaba, dentro de aquel cuerpo en armas, una serenidad, que recordaba las armoniosas legiones clásicas yendo al combate con paso gimnástico y á compás, entre armoniosos himnos, parecidas más á un coro que á un ejército, y, sin embargo, teniendo la furia del combate junta con la virtud del triunfo. Y, verdaderamente, no hubo apercibido plan alguno: todo surgió de la espontaneidad social, todo lo creó y produjo el espíritu vivificador de la revolución. Al pueblo no le convenía un ejército numeroso, porque recelaba fuese un instrumento de despotismo, y al Rey menos porque recelaba fuese un instrumento de ataque á los ejércitos aglomerados tras las fronteras, su grande y única esperanza; pero como el progreso lo necesitaba, la Providencia suscitó el ejército más heróico de la Historia.

Así volviéronse á repetir los milagros medioevales de las Cruzadas, cambiando de objeto el entusiasmo, pero viviendo tan intenso como entonces. Evocad la primera Cruzada por la libertad, y veréis, cómo se asemeja, según observan Michelet y Lamartine y Sorel á la primera Cruzada por la revolución. Iba el mahohemismo de vencida á fines del siglo undécimo: la cultura, que le diera España, concluía ya en una consunción irremediable. Dos grandes figuras, que nos parecen legendarias, alzábanse ya entre las rojas nubes de las guerras y los suaves arboles de las leyendas: al Occidente el Cid Campeador sobre Valencia y al Oriente Godofredo de Bonillon sobre Jerusalén. Esta ciudad santa, testigo de todos los misterios de la Pasión, debía llamar á las gentes religiosas por excelencia de aquellos exaltados siglos. Así los peregrinos abrieron las vías del desierto á

los cruzados. Desde el año 1.000, desde que Europa recobró la esperanza, cobró con ella el movimiento. Las naves italianas llegaban á los antiguos puertos de Fenicia, y sus tripulantes traían tierra del Calvario para henchir los cementerios en que debían enterrarse los ciudadanos de las libres Repúblicas mercantes. El Oriente, pues, resplandecía á los ojos del Occidente, como un templo, donde el misterio avivaba las alucinaciones de la fe. A esto se unía, como en nuestra conquista de América, el eterno vellocino de oro, que tienta los bajos instintos, y que, sin embargo, mueve á las más altas empresas. Un solitario, Pedro el ermitaño, predicó la Cruzada, y al poco tiempo veíanse por todas partes soldados en armas con la roja cruz sobre el pecho. El delirio era tanto que las gentes se dejaban sus hogares, sus familias, su patria por ir á la Jerusalén terrestre, y tras la Jerusalén terrestre á la Jerusalén celestial. Ardía Francia como en incendio de místico amor. A sus costas bajaban, provenientes de Escocia y de otras tierras del Norte, sencillos bárbaros, quienes, ignorando las lenguas del centro de Europa, hacían con los dedos de ambas manos varias cruces para indicar donde iban y lo que deseaban. Nadie se curaba de si tenía jefe ó no; todos repetían las palabras de Salomón y se comparaban á esos enjambres, que sin tener rey ni guía, vuelan juntos. A la cabeza de todos se hallaba Godofredo de Bonillon, príncipe de sangre franca y germánica. Sometido por deber y por gratitud al emperador de Alemania, estuvo en los sitios puestos por éste á Roma, y esgrimió sus armas contra el Pontífice. Para rescatar esta culpa, emprendió su cruzada á Jerusalén y se puso al frente de todos aquellos ejércitos engendrados por la poesía y por la fe. Era de tal fuerza que hendía de un tajo á un hombre, y de tal castidad que á los treinta y ocho años le llamaban el rey virgen. Sus costumbres tenían tanta sencillez que se acostaba en tierra, y en tierra se asentaba durante sus frugales comidas. Y como extrañaran esto los embajadores enemigos, dijoles: «Acerquémonos cuanto podamos al elemento donde hemos de dormir por toda una eternidad». Imagináos de qué suerte conmovieran á tales primitivos soldados, ciudades como Constantinopla con sus cúpulas áureas y sus palacios marmóreos, ó como Antioquia con sus trescientas sesenta iglesias y sus cuatrocientas cincuenta torres. Imagináos lo que sentirían al descubrir á Jerusalén, objeto de tantas ansias, término de tantas peregrinaciones, prenda y precio de tantos y tan porfiados combates. Ocho días anduvieron descalzos en torno de sus muros; y luego, concluidas estas treguas santas, arremetieronla con furor y la tomaron después de grandes y cruentos sacrificios. Tras tanto esfuerzo cayeron en gran desengaño y tocaron gran desaliento como siempre que se encierra un ideal en la realidad y como siempre que se cumple un deseo en la vida. Seiscientos mil hombres se cruzaron; veinticinco mil vieron á Antioquia; muchos menos á Jerusalén; y cuando la ciudad santa fué tomada, sólo quedaron trescientos caballos para custodiarla. Así Godofredo de Bonillon murió en la horrible languidez y tristeza del desengaño, como aquellos israelitas, que por el desierto buscaban la tierra prometida, por cuyos senos

corrían los arroyos de leche y miel, y sólo veían la triste y pedregosa Palestina; como aquellos navegantes, que al través de los mares, buscaban costas donde las perlas se encontrasen á flor de agua, y los diamantes y el oro á flor de tierra, y sólo descubrían selvas inexploradas, terrenos sujetos á la miseria y fecundables por las porfias del trabajo. Todo ideal humano nace, como toda humana criatura, entre lágrimas y sangre. Godofredo espiraba en la triste languidez de un desengaño, sin comprender todo cuanto había hecho en aquella obra, todo cuanto había dejado en aquellas vías, todo cuanto había conseguido en aquella conquista. La enemiga entre Europa y Asia disminuye; la grande actividad del comercio y del trabajo aumenta; las ojivas alzadas sobre columnas semejantes á palmeras del desierto, recoge las oraciones aladas de las conciencias que comenzaban á sentirse libres; las castas se reconocen unidas por su origen y por su destino en la piadosa comunidad de sus dolores y de sus sufrimientos; las comunidades se fundan y las democracias surgen; la ciencia brota en el seno de la teología; la mujer se redime de su antigua servidumbre; y un Nuevo Mundo social se dibuja entre los áureos arenales y los caldeados cielos del más antiguo y más sagrado de todos los continentes. No ha podido la Cruzada redimir á Jerusalén, no ha podido el Cristianismo rescatar el sepulcro de Cristo. Las fatalidades terribles de la materia y de la fuerza se han impuesto á las expansiones sublimes del espíritu. Pero esta gran guerra, concebida primero por la vasta inteligencia de Gregorio VII, comenzada por el Papa Urbano IV, sostenida por tantos reyes y pontífices, á manera de esas inundaciones fecundantes que á primera vista destrozan y matan, pero que luego avivan y abonan, dejó innumerables gérmenes de instituciones y de ideas progresivas en el seno de la Edad Media. ¿No creéis que toda cruzada religiosa emprendida por Europa tiene analogías sorprendentes á fines del siglo undécimo con las cruzadas revolucionarias emprendidas por Francia y los franceses á fines del siglo último?

Pues así como hay en el undécimo siglo cruzadas análogas con las cruzadas francesas, hay en el duodécimo siglo revolucionarios análogos con los revolucionarios franceses. Dos almas gemelas se alzaron por aquellos tiempos, y recorrieron, mutuamente apoyadas una en otra, sus tempestuosos horizontes; el alma de Abelardo de Francia y el alma de Arnaldo de Brescia. Éste es la acción, aquél la idea; éste la política, aquél la ciencia; éste la plaza aquél la escuela; éste la República, aquél la filosofía; éste la democracia moderna en sus comienzos y aquél la conciencia libre en sus albores; éste la práctica y aquél la teoría de la revolución, éste la forma y aquél la esencia de una nueva sociedad que se dibujaba prematuramente, á guisa de arrebolada utopía, en tiempos bien poco dispuestos á recibirla y que debían por lo contrario devorarla, como devora la noche con sus sombras el fugaz aerolito que interrumpe la uniformidad de lo negro y oscuro en el espacio. ¡Trágica historia, en verdad, la historia de estos dos hombres, llamados por igual á un mismo destino, y sucumbiendo bajo el peso incontrastable de la fatalidad como todas aquellas

almas que se adelantan á su siglo, olas refrenadas por los límites del tiempo, tan tenues, pero tan poderosas como los límites de arena que detienen y avasallan á las embrecidas olas del mar! Abelardo nace en las clases aristocráticas con vocación á la ciencia, cosa extraña para tiempos en que la grande aristocracia se consagraba de suyo á la guerra y el saber se recluía en los conventos. Grande novedad, un laico, un joven, yéndose por las escuelas monásticas á disputar con los doctores de la ley sobre los problemas relativos á la teología, en cuyos senos se encerraban ya los gérmenes de la ciencia. Como maravilla brillaba, como verdadero milagro, aparecía el mozo extraordinario, bastante des preocupado para darse á las letras en vez de darse á las armas, para ir á las escuelas judías en vez de ir á las escuelas eclesiásticas, para disputar con los doctores en vez de temerlos y adorarlos, para saber el griego y el hebreo como cualquier hechicero venido de las regiones orientales, en vez de saber tan sólo el latín litúrgico de la Edad Media. A la elocuencia de su palabra y á la prestancia de su persona uníase su inspiración inagotable, que brillaba tanto en los períodos de sus discursos, acompañados por los vítores del pueblo como en la cadencia de sus canciones acompañadas por la guzla y por la cítara de los primeros trovadores. Su ciencia no parecía, no, á la ciencia monástica concebida en los retiros y apartamientos del claustro, sino á una ciencia humana, engendrada en medio del mundo y vivificada por las llamas del amor. Así los pueblos le seguían y las mujeres lo adoraban. Bajo el sayal de la penitencia, bajo las púas del cilicio, entre los pliegues de la mortaja monástica, sentíase latir ya la naturaleza eterna y el pensamiento libre, despertándose como de un largo y profundísimo sueño. La voz de aquel joven lanzó á las calles, á las casas, al seno de las familias, al corazón de las mujeres, á las muchedumbres, las ideas reservadas en los santuarios inaccesibles del monacato. Merced á él bebieron los pueblos en los cálices de oro el vino de la misa, y experimentó calor nuevo en sus venas enardecidas por esta infusión inesperada de ideas. Grande fué su poder moral y su influjo científico, pero corta y menguada su fortuna. Quiso naturaleza poner en todas estas almas que vuelan, y en todos estos ingenios que brillan, y en todas estas voluntades que batallan, y en todas estas palabras que revelan, no sé cual mezcla de males y desgracias, como para recordarles su frágil naturaleza humano y su triste unión á la tierra. Abelardo sedujo á la joven, hermosa y sabia sobrina del canónigo Fulberto, la célebre Heloisa, burlando la confianza que en su lealtad pusiera, con buen escaso conocimiento de las pasiones de la juventud y de sus ardores, aquel receloso eclesiástico. Castigáronle horriblemente; y anduvo de retiro en retiro, de claustro en claustro, maldecido por los concilios, apedreado por los pueblos, puesto casi fuera de la Iglesia por el Papa, temblando de su propia obra, temiendo de su propio pensamiento, amenazado de que lo envenenaran hasta en la hostia consagrada, constreñido á quemar sus libros y á renegar de su doctrina, muriendo tristemente, sin más consuelo que las cartas de aquella inmortal Heloisa, separada mate-

rialmente de él por la desgracia, pero á él unida eternamente por una pasión inextinguible.

El hombre de acción, Arnaldo de Brescia, fué tan desdichado, pero no tan débil como Abelardo. Elocuentísimo también, su palabra tenía clásica concisión y penetraba fácilmente en el ánimo de las muchedumbres. Representaba, como ya he dicho, las consecuencias prácticas y políticas de las ideas y de la ciencia del filósofo. Encontróle en París y fué tan fiel á su amistad como Heloísa á su amor. Por vez primera en la Historia de la Edad Media se enlazan y armonizan el pensamiento libre y la libre democracia; por vez primera se reunen la idea científica y las pláticas políticas como el alma y el cuerpo. Ninguna pasión mundana turbó la vida de Arnaldo. Desposóse su corazón desde la niñez con la República y por la República supo morir y para la República vivir solamente. Hubiérasele creído un Graco envuelto en la estameña de un monje. Bajo su capucha centelleaban unos ojos animados por la llama del pensamiento y entre sus luengas barbas vibraban unos labios movidos por el impulso de la libertad. A la energía lombarda juntaba la elocuencia y la flexibilidad latinas. Presentábase en medio de aquel mundo extraño, donde todas las conciencias obedecían al Papa, todas las voluntades al Emperador, al Rey, á los señores feudales; donde la guerra engendraba su hija natural y legítima la tiranía; como un reivindicador de la libertad; como un apóstol de la democracia, como un santo tribuno de la República, en cuyo favor unía la sombra de los mártires católicos y de los héroes paganos, las máximas del Evangelio y de la ciencia, las voces exhaladas de las catacumbas de San Sebastián y de San Calixto con las voces exhaladas de los sepulcros de los Horacios y de los Curiacios, las visiones del foro y las visiones del claustro, las palabras de Cayo Graco en el bosque de las Furias y las palabras de Jesucristo en el sermón de la montaña, anatematizando á los Papas-reyes como los profetas de Jerusalén á los Baltasares y á los Sardanápalos, ó como los poetas de Roma á los Claudios y á los Nerones, hasta concluir en tal porfía por levantar al pueblo y hacerle en algunos momentos creadores dueño y poseedor de sus derechos. Memorable el tribuno en el Capitolio, en la sagrada colina, cabeza de la tierra, corona del antiguo derecho, fuente de la autoridad, reina de todas las ciudades, á cuyos piés se extendía el foro y se terminaba la Vía Sacra; sobre cuya cima tronaba el Júpiter de oro en el templo más grandioso de la antigüedad; sin arcos ya, sin pórticos y sin estatuas; cargada de ruinas de mármol, entre las cuales acaso se encontraba la ruina misma de la tribuna romana, cubierta por la ortiga, por el jaramago y por la cicuta; sin senadores y sin cónsules, sin taibunos y sin Césares; oyendo, en vez de los clarines que anunciaban á los vencedores de cien pueblos, las campanas que tañen por los muertos y recuerdan sus penas y sus pecados á los vivos; monumento de tristezas eternas, cordillera de destrozados despojos, testimonio triste de las mudanzas históricas, donde un romano antiguo, perdido en el mundo de la Edad Media y amortajado en el hábito monástico, pe-

día á los abismos del cielo cristiano y á los abismos de la historia romana, cualquier milagro religioso ó político, capaz de fundar la libertad y la República.

Su predicación fué tal, que los Papas huyeron de Roma; su fortuna tanta, que logró fundar las instituciones republicanas en aquella tierra, por tanto tiempo adscrita, como una propiedad inmóvil, á las autoridades teocráticas. No, no se levantaba la República como bajo aquellos patricios de los siglos inmediatamente anteriores, que la querían semifeudal y semi-oligárquica; levantábase forjada en los moldes dejados por el antiguo mundo romano, pero espiritualista, evangélica, democrática, llena de unción piadosa, juntando en su seno las revelaciones de la religión y los derechos del pueblo. En el Papa respetaba con religioso respeto al jefe visible del catolicismo, á la eterna cabeza de la Iglesia, al sucesor de tantos Pontífices, al vicario de Cristo; pero, no al Rey, no al que, llamándose depositario de las verdades evangélicas, se ceñía una corona de diamantes para representar y personificar á un Dios, que sólo había llevado una corona de espinas. Estas predicaciones, dichas con voz elocuente, en palabras severas, uniendo la elocuencia clásica con la elocuencia eclesiástica, despertaban al mismo tiempo en el corazón del pueblo rey los afectos de su dignidad histórica y los afectos de su fe religiosa, contra sus dominadores, los Papas, tanto más heridos cuanto que los vulneraba una palabra nacida de la exaltación más ardiente y sustentada por la virtud más efusiva y más piadosa. Enemigo igual tuvieron el hombre del pensamiento y el hombre de la acción, el filósofo y el tribuno. Fué tal enemigo San Bernardo, alma de los cruzados, consejero de los Reyes, mantenedor de la estabilidad social, árbitro en las discordias de los caballeros feudales y en los cismas de la Iglesia católica, que renunciara á todas cuantas sugerencias le hicieran para ceñirse la mitra de los arzobispos y la tiara de los Papas, contentándose con ser el protector espiritual de la Monarquía y de la Iglesia. En medio del mundo fué un solitario; en el oleaje de las pasiones una grande abstracción: pasó por la naturaleza como un espíritu puro que la atravesara, y por la Historia como una idea sin cuerpo. Parecía en la vida un muerto. Sus ojos miraban hacia dentro, y su palabra tenía toda la extraña resonancia de una palabra sobrenatural, que saliese de los sepulcros. Cien mil hombres lanzó con una voz al Asia. Las gentes, á quienes predicaba, del mundo huían y se retiraban á una en el frío seno de los claustros. Imaginaos cómo ese teólogo escucharía las temeridades filosóficas de Abelardo y cómo ese político las arengas republicanas de Arnaldo. Contra el uno suscitó los teólogos de Francia; contra el otro los ejércitos de Alemania. Los dos jóvenes, que representaban las fuerzas vivas de expansión existentes en las sociedades humanas, cayeron derribados por aquel monje, que representaba las fuerzas concentradoras, la autoridad y la disciplina. San Bernardo apeló contra el filósofo á los teólogos, y contra el tribuno apeló, como hemos dicho antes, á los alemanes. El Papa condenó implacable al pobre Abelardo por amigo de Arnaldo, y al pobre Arnaldo por amigo de Abelardo, apoyándose en los socorros materiales del